

LA PIEL DE MÁS¹

Hélène Cixous

En el armario, ahí está en hebreo bajo su transfigura, *el taled*², “me espera bien escondido en su escondite de casa, nunca viaja”. En lugar de la piel robada, la otra, la piel escondida, y que no viene de cualquier animal sino del cordero, de la oveja o del carnero (Voiles, p. 67), la piel conmemorando, conmemurando, piel de oveja que estuvo viva y murió por el taled, la piel *que se acuerda del Korban*, el acercamiento, la piel cercana, la hipótesis bajo la protección de la cual él murmura, no, sigue murmurando, el chal de rezos, el *chal* insiste él, pero el velo no, introduciendo un nota india con la palabra chal, la piel, quizás de una oveja pero para el cuerpo y el alma de *hombre*.

¿De nuevo una cosa de hombre? ¿reservada? ¿excluyente? Quizás, pero nada tardará en cambiar la ley masculina.

Aquí, bajo la tela del taled, entona un himno extraordinario a *aquélla* que lo espera “escondido” en su escondite de casa, mientras él viaja todo el tiempo ella nunca viaja. He dicho *aquélla*, sí, la lengua no se me ha trabado, yo soy los signos de la suya.

Sobre el taled, dice y escribe que es único, lo que oís. Por el taled y por la lengua introduce sutilmente el tema de la unión. Su unión con el taled es única. *Túnica por unión*, su única unión, sin duda, la que no pesa, la que espera, piel para su piel, que no lo captura sino que lo protege, vela por él sin vigilarlo. Ama su túnica y la canta con acentos conmovedores, se acaricia en ella, en él, como un gato, como el gato apenas lo acaricia, suavidad del tacto en la flor de la piel, ama como nadie a aquél *aquélla* que llama, es único en su lengua, *mi taled, el mío*.

Toda su vida se habrá debatido contra el velo, en una contradanza del velo, soñando con que se produzca un alzamiento del velo que para no ser un des-re-velar, debería, podría, venir del otro, es el sueño del gusano de seda, nacer por la voz del otro, a su llamada. Sin ilusión, sin el menor velete delante o detrás de los ojos. Pero en ningún caso, y lo jura, soñaría con deshacerse del chal de pelo sedoso. Pero sin ilusión. Hay un carnero muerto en el taled judío y esto no puede olvidarse.

Pero llamarlo *mi-taled-el-mío*, es también una forma de aislarlo, de diferenciarlo de los otros taleds al menos de intentar atraerlo a distancia de la memoria del sacrificio, no se hace ilusiones con lo que es sacrificable en la religión judía, en absoluto heterogéneo a la lógica del velo, así son los taleds, hay sangre en ellos, excepto en el mío, quiere creerlo, la túnica distinta a las demás. Y quién sabe si ésta no es, *blanca* como es, el taled de antes del taled, el chal preoriginario. Basta con creer, llorando

...[ninguna] “teoría del fetichismo” podrá jamás dar cuenta de la infinita compasión que puede inspirar, por el roce sin contacto, por la caricia, un taled, el mío, y

¹ Traducido del francés por Maribel Peñalver Vicea (Universidad de Alicante). Revisado por Marta Segarra.

² Taled: tipo de chal que, en la religión judía, se utiliza para rezar.

todo "mi taled, el mío" [...]. Me gustaría cantar la dulzura muy sola de mi taled, la dulzura más dulce que la dulzura,

¿Os acordáis? mi hijo, mi hermana, sueña con la dulzura de ir allí para vivir juntos

muy singular, sensible e insensible a la vez, tranquila, conforme, ajena a la sensibilidad, a la efusión o al pathos, en una palabra a toda "Pasión". Compasión sin límite, aunque compasión sin idolatría, proximidad y distancia infinita. Me gusta la pasión apacible, el amor distraído que me inspira mi taled, me da la impresión de que me concede esta distracción porque está seguro, tan seguro de mí, tan poco inquieto por mis infidelidades. No cree en mis inconstancias pues no le afectan. Lo quiero y lo bendigo con una extraña indiferencia, mi taled, con una familiaridad sin nombre y sin edad. [...]

Mi taled blanco pertenece a la noche, a la noche absoluta. De él nunca sabréis nada, yo tampoco seguramente. (*Velos*, p. 79.)

Amor con dedos de ciego con dedos visionarios amor al tacto con la punta de los dedos, de los labios, es el amor soñado, el amor por excelencia.

"Lo toco sin saber lo que hago ni lo que pido, sin saber sobre todo a quién me remito, sin saber a quién doy gracias" (*Velos*, p. 46). No hay saber, hay gracia sólo donde no hay saber ni ver.

Es judío en el tacto, judío a ciegas del taled, judío de taled indecيدido: sin saber, al final de esta bendición sin palabras, de esta vida tan corta pero tan larga, con la túnica que lo ama, si será cenizas o amortajado en su taled, dejará a los suyos que decidan.

Sí, pero yo creía que nunca se desharía de ella pase lo que pase. Acaso no dice:

Hasta el fin, jamás, pase lo que pase: en ningún caso, sea cual sea el veredicto al término de un "journey" tan temible, nunca nos deshacemos de un taled. No debemos, en ningún momento, jamás, tirarlo o rechazarlo. (*Velos*, pp. 68-69.)

Sí, pero ¿y después del fin?

¿Y si hay fuego y cenizas? No puedo continuar más allá de la vida sin violencia. Me detengo sin saber y sin ver. Me atenderé a la visión de esta unión inaudita entre el taled blanco y él, *este matrimonio rato que pertenece a la noche*. Nunca lo sabremos.

Era la historia maravillosa del judío de noche. Sólo puede contarse en francés, a través del francés pasando por el francés. Igual como pasa por la lengua francesa, su ser judío su no ser judío su nacer judío pasa (ser no ser nacer) por judeidad judaísmo judaicidad judético todo lo que aparezca con *j*, *u*, y *d*, pues si él es judío en tanto que marrano, al menos es *pasando*, entre la lengua francesa, *entre los malabarismos* del francés como pasante.

El personaje principal de su obra es el francés

Desde siempre, desde el patio de la escuela, fue allí donde encontró a su eterno adversario amigo interlocutor, el francés. El francés con el cual ha dispuesto de toda su vida para

explicarse. En la escuela, le gusta cuando *tiene* francés. Entonces explicación, disputa, querrela, abrazo, figuras de su homotextualidad imposible.

Y por debajo vienen, por debajo del piso -el suelo teatral de esta *algarada* (del árabe *al-ghara*)- para ser oídos unos huéspedes insistentes y bienvenidos, duendes y gnomos, incluso mimados, el latín y el griego o quizás el griego y el latín. Una nostalgia mágica convoca sin cesar a aquellos dos, sus mejores amigos. Siempre están ahí, ellos o ellas, cantados, como el coro del que el francés es el corifeo.

El francés encantado el francés le habla todo el tiempo.

El francés, digo. Pero a la que adora es a la lengua francesa. Está loco por ella y la vuelve loca por él. La sienta en sus rodillas. Ella le dice sus nombres. Los suyos. Nada más que a él.

Como sólo los poetas, quizás como sólo Rimbaud.

Del taled he dicho antes que estaba en hebreo, pero enseguida, como única túnica, hemos oído claramente que se trataba de *hebreo en francés*.

El hebreo, no lo oculta, le resulta hebreo o chino, como queráis. Tanto para él como para mí como para mi hermano, como para tantas víctimas o cómplices de la aculturación confortable sobre la que la susodicha comunidad judía de Argelia había edificado su deseo por Francia en los años de de-formación, los 30/40. Extraño capricho auto-immunitario, pues los que tenían el alma ya formada y el oído espiritual rieron y sufrieron lo suyo.

Una sensación de circo nos sobrecojía. Se veían a tantos de esos digamos "judíos de Argelia" -para ir deprisa- columpiarse en el trapecio sobre el vacío. Vestidos de franceses pero con la kipá, se decía el bonete, se lanzan, después de soltar la barra de su antigua cultura abandonada lejos tras ellos, en Marruecos, a nado en el abismo con los brazos tendidos hacia el trapecio opuesto, el francés deseado, pero está Francia, hostil, que se lo quita de las manos. Los trapecistas judíos se agarran al vacío. Comunidad a destiempo. Muy a menudo se hablaba un francés forzado, la lengua de los enemigos rechazados y con frecuencia adulados. ¿El hebreo? Totalmente inhibido. Como mucho se alejaba el estado de marrano pero sin saberlo. Humildemente mis tíos de Orán fingían en la mesa, bajo el verdadero falso bonete, chapurreaban una jerigonza. Yo los admiraba: a mis ojos eran los últimos fieles o quizás todo lo contrario. Imaginad el peso enorme de la palabra judío, la hinchazón, la erección de la palabra, única superviviente de una población verbal desaparecida.

Y pensar que en la familia Derrida se naturalizó como francesa la Bar Mitsvá. En nuestra casa, los Cixous-mitad Klein, Omi vigilaba, mi abuela alemana, el francés causaba menos estragos. Dijimos Bar Mitsvá. Pero a pesar de todo padecemos de Argelia, esa enfermedad de las comunidades autocolonizadas.

¡Mi Bar Mitsvá! exclama mi hermano, qué impostura. Había que recitar el Shemá Israel que es una oración de base. Yo estaba bajo las arcadas de la calle Bab Azoun con el rabino delante de una pequeña sinagoga asquerosa o quizás bonita, dice. ¿Conoces el Shemá? dijo el rabino. Me lo paso por el shemá, pensaba yo, dice mi hermano. Sí, respondi con aplomo. A ver, récitamelo. Por supuesto, exclamé. Me lanzo. Recito con energía Shemá Israel Blablabanai. Bueno, dice el rabino. Me para. Está bien. Conoces el Shemá. Luego en el tranvía -después de la Bar Mitsvá- dije a la abuelita, nuestra abuela de Orán, con mi ritual sutileza que venía de una profunda rabia: espero que comamos jamón a mediodía.

Era en 1951. Él, fue en casa de un rabino de la calle de Isly que tuvo que fingir en 1943.

A estos muchachos, mis hermanos, mis preguntan: ¿tienes el Schibboleth³, o por lo menos una parte? Empieza por Schi, dice el hermano. Bueno, dice el rabino. ¿Quién dirá las concesiones de los rabinos de la calle de Isly o de la Lyre? Lo importante es barmitzvar al muchacho con los ojos cerrados. Eso no hay que decirlo, dice mi madre. El peor pecado no es el pecado, se teme ella, es la confesión ante un extranjero. Un "goy".

El trastorno de la identidad, el trastorno por el que pasa entre nosotros el estremecimiento, está relacionado también con ese trastorno del decir, esta predicación del no decir, esta cultura pacata sin vergüenza de su incultura. Pero no hay que decirlo.

El crimen es el simulacro sin fe. En aquel tiempo él aún no se había descubierto marrano, es decir, inocente.

Cómo salir indemne de una escena donde hago mi "comunión" en vez de mi Bar Mitsvá, ¡qué circunmención! "Es mi fiesta", se dice él en francés, la fiesta que le hacen, de nuevo una circunmención.

Su genio se larga de estas crueles comedias - de ellas- al vuelo- de Élie.

hice mi "comunión" huyendo de la prisión de todas las lenguas, la sagrada donde querían encerrarme sin abrirme a ella, la secular que, insistían, nunca sería la mía, pero esta ignorancia ha sido la oportunidad tanto de mi fe como de mi esperanza, de mi gusto mismo por la "palabra"... (Período 54).⁴

Siempre fuimos esos impostores que se partían de dolor de tanta risa. Ofendidos ofensores. Mi hermano y yo cantando en Januká *ma roz su ye chuí ti* desternillándonos de risa y mezclando el arroz con el cántico hermético.

No kosher: okultadores. Malabaristas de lenguas, tragadores de cenizas de palabras. Difunto el hebreo.

(Debo aquí una muestra de respeto a mi padre, el circunciso ateo: cuando cumplí diez años me dio dos maestros, uno de árabe y otro de hebreo. Después murió y mis dos lenguas paternas fueron cortadas.)

*El monolingüismo del otro*⁵ viene por fin a decir todo lo que no había que decir, esplendor del testimonio apocalíptico en un lenguaje sin piedad sin garantía, de esos complots contra el alma, atentados, persecuciones entre lenguas, todo sobre la guerra bajo la superficie de las guerras en Argelia, nuestro destino continuo, historia rica en tormentosueños, en batallas entre regimientos de fantasías identificatorias, mi abuelo Samuel Cixous vestido de zuavo, siempre éramos zuavos extraños, el gran libro de nuestros enloquecimientos os lo cuenta, la puesta en duda perpetua, estas separaciones por guiones qué significa ser judío franco-magrebí ¿esto se suma, se resta o se sustrae a cualquier intento de agrupación? nos lo preguntamos aún y tenemos que responder. en una lengua que para nosotros es hebreo en francés, de una pertenencia constituida de exclusión y de no-pertenencia, qué es ser de Argelia y no argelino, judío por el otro, francés por decreto, desfrancés por decreto, ser siempre un decretizado, además siempre no-como, no como el otro no como yo, subdividido, circuncidado, improbable, qué es este verbo ser, el gran perseguidor.

³ Schibboleth: palabra hebrea, perteneciente a un pasaje bíblico, empleada como prueba o contraseña por la gente de Galaad, para reconocerse entre ellos.

⁴ Hélène Cixous cita el texto de Jacques Derrida "Circonfession", in Jacques Derrida y Geoffréy Bennington: *Jacques Derrida*, Paris, Seuil, 1991 [trad. esp. en Cátedra, 1994]

⁵ Se refiere a J. Derrida: *Le monolingüisme de l'autre*, Paris, Galilée, 1996.

Quién puede decir lo que es el ser franco-magrebí aun-así-judío o a pesar-de-todo o judío-que-no-sabe-que-lo-es, cómo saber quién está en mejor posición para saber lo que sea, cuándo los judíos son judíos, en qué, me decía yo, mi madre y su hermana alemanas son judías más judías que los rusos judíos a la fuerza, "ningún judío supo ni sabrá nada seguro", me parece haber leído esto en lo alto de la librería de Montaigne pero no estoy segura, cuanto más seguras mi madre y su hermana parecen estar de saber lo que es ser o no ser, más vacilo yo, basta quizás con estar *seguro* pero en qué orden son alemanas, judías inglesa o francesa judía o francesa, o judía alemana, o bien francesa alemana o judía inglesa con *pasaporte alemán* además de israelí (mucho más judías, según ellas, que los rusos de sinagoga forzada que saben a pesar de todo y sólo saben que eran judíos pero hay que decir que no lo son, saben sólo que lo eran.)

El monolingüismo del otro nos lo cuenta todo sobre estos sufrimientos mentales a los que debemos libros de memoria...

Pues sucede a veces, y éste es su caso, una maldición bendición. Debemos a ciertas heridas las obras más grandes.

Esta "comunidad" judía cortada se cercena ella misma tres veces la lengua

- 1) cortada de la lengua árabe y de la bereber
- 2) cortada de la lengua y de la cultura francesa incluso europea
- 3) cortada para - de la memoria judía,

es esa memoria judía cortada de la memoria,

es este diálogo con su madre 1) que ya no puede suceder 2) que nunca sucedió es este viaje con su padre para no trabajar sino estar juntos en país extranjero que nunca sucedió

es el cementerio donde va cada año, cada año a meditar ante la lápida

Es nadar siempre entre dos jugadas de póker fullero mal que bien. ¿Responde él? Mentira. No responder: matar la verdad. La mentira, donde está la verdad. Es el deber de simular. No lo corta. Pasa por ello. Es la traición por no traicionar.

Es la lengua la que habla, la única, la que tiene para hablar y que no es la suya.

Es lo intraducible que le queda como morada, inhabitable, es la palabra morada que profetiza en su boca en cuanto la pronuncia: hay dos que siempre mueren⁶. Y sin embargo hay que continuar viviendo. Es Francia que sólo existe como figura país fantasmal, espectralidad, y que no obstante él se imagina con el fin de poder posarse allí entre dos viajes. Reposo fantasma. Es el cansancio, es el sueño de tocar un día con la punta de los dedos, de los pies, de los labios, como una tierra, no solamente un taled, una carne, una duración, pues sí, la paz de una creencia.

Y sin embargo debemos continuar perdiéndonos y soñando en creer en lo que no creemos, soñar despierto con lo que podría suceder, aquí, si-

Me siento perdido fuera del francés, dice, eso no es nada, al menos él se siente algo, lo que no quiere decir que se encuentre en el francés, salvo ante todos esos casos de figura, al menos lo aumenta con poderes nuevos. Es un perdido de francés.

Entonces ¿dónde encontrarse? ¿Se encontrará él alguna vez? ¿Dónde? Salvo en prisión.

⁶ La autora juega con la casi homofonía en francés entre *demeure* (morada) y *deux meurent* (dos mueren).

¿Salvo en prisión? ¿Pero otra vez? ¿Otra ilusión? Es esta soledad que lo acompaña, tan fiel, tan lejos, tan cercana

En prisión fuera

Solo consigo mismo

(Aquí habría que abrir el libro de la Prisión que da a la libertad, de la Prisión, donde está la libertad. Cabe en dos páginas, este libro infinito, está en el período 54. Una verdadera prisión tras la serie de prisiones por poderes.)

Es esta no-contemporaneidad con cualquier otro, está en esa relación contemporánea. Consigo mismo. No está junto con sí mismo. Es este divorcio -la palabra le viene en *Rodar alrededor de las palabras*⁷ - que declara consigo mismo. Se tutea él mismo y se dice: tú estás conmigo y no estoy contigo.

De esta barahúnda, esta papilla de sangres de cantos y de ignorancia, la ha salvado, a esta lengua inaudita, arrancada, con la cual, y a bordo de la cual, al fondo, al final, en la punta, se arrebata en una elevación resplandeciente, dejando tras él un reguero de sangre. Se le volar muy alto en el cielo en vertical casi de pie en el aire, se inclina un poco, digo. ¿Te inclinas de un lado? digo yo Klein. Mi alma, me parece, está alicaída, me dice él, Gross. Mi psique angélica está alicaída.

Alicaída.

¿Qué hacéis, grité, los dos, tu alma y tú?

Mi vida y yo nos convertimos en fuera, dice, estamos tan alto en el cielo que no estoy seguro de traducirnos exactamente.

¿Y dónde crees que dos fuera pueden posarse? pregunta.

-Sólo en una montaña siempre en la montaña, digo, creo, ¿tú no lo crees?

-Creo que sí, dice. Voy a tener que callarme, me telefonea. Pásame una expresión para tierra, dice, su yo siendo tú.

Dios, digo, te paso a Dios. En una montaña, digo, en la montaña.

Lo he dicho desde siempre, la primera vez que lo vi fue en una visión en 1963, un ser, persona, figura, animal, "dios", -pasadme-la-expresión- tal y como dice en el umbral de *Dar la muerte*⁸ y yo le paso la expresión, le paso el "dios", al que yo veía correr por las crestas de una montaña ininterrumpida, una montaña o un desierto muy alto, muy fino sin fin, un animal ni prodigioso ni colosal, sino gracioso, visión primitiva procedente de las primeras líneas leídas. En aquel tiempo, yo decía una montaña, era mi primer apocalipsis y no había nombre. Lo llamé por antonomasia el indígena de las cimas.

Ahora bien, al acecho desde hace unas semanas en el punto de la palabra judío, acabo de darme cuenta, por primera vez, de que los personajes más antiguos de mi imaginación mitológica se han manifestado también en la cumbre de una montaña, en lo más alto de su soledad. De su increíble soledad. Pienso en esos dos Separados, por los que entré en relación profunda y atormentada con la Biblia. Separados por la creencia. En la creencia. Pienso en Moisés, sublime en su duda, el que sale y no entra. La frase dice: Tú no entrarás. Pienso en Abraham, sublime en su sinduda. El que conoce la amenaza en la promesa. La frase dice: Tú harás. Los tres, seres de cima, lugar sin extensión, cresta sin pendientes, pura elevación donde habla la palabra sin rostro. Ser de cima, digo, totalmente lejos del cementerio que teme, él que, si lo supiera, ha sido elegido para la cima sin terceros. Se necesita un testigo.

⁷ Cixous se refiere al libro de Jacques Derrida y Safaa Fathy: *Tourner les mots. Au bord d'un film [Rodar las palabras: Al borde de una película]*. París, Galilée/Arte éditions, 2000.

⁸ J. Derrida: *Donner la mort*, París, Galilée, 1999 [trad. esp. en Paidós, 2000]

Cuántas veces he releído la Biblia para seguirlos, siguiéndolos. Y a fuerza de no comprender y de no comprender y de preguntar por qué y cómo, he terminado por callar y aceptar lo inaceptable. Pues todo lo que nos sobrepasa pasa por los secretos de la escritura, sus elipsis, sus asinetos, sus yuxtaposiciones fulgurantes, no hay pasarela, nunca ha existido diccionario entre la lengua de Dios o mejor dicho, Dios-frase (habla brevemente en frases) y la lengua de los mortales. Pero hay que leer todo el Génesis de rodillas sobre sus guijarros para acercarse a este Abraham del Decimada. Dios dijo. Se hizo. Hay que acercarse por los medios de la escritura cortando los medios de la escritura. Como los filósofos del corazón, desde Kierkegaard a Jacques Derrida, han hecho que lo experimentemos, hay ahí secreto incompatible. Pero podemos sentir sus ondas y temblar por ello. Reconozco así el camino, los guijarros desgarradores, la ligereza del aire. Es la misma montaña, Nebo, Sinaí o la otra que vi en 1963.

Él es el dividido, el que -me costó tanto tiempo comprenderlo, este misterio- golpea *dos veces* la roca sí, sí, dos veces, el que hace temblar el corazón de la creencia, el divisor filosófico, el que sabe que no se puede decir *yo creo* sin dudar, sin cruz sobre yo, sobre *creo*, sobre *duda*.

Él es el hombre del secreto, el enlutado de sonrisa húmeda de lágrimas. Condenado -elegido- mohel de su alma. En los dos casos, sufrimiento, crueldad. Combate contra el ángel que es Jacques en la escala sobrehumana. Vencido, será su vencedor.

Marzo 2001

© In *Portrait de Jacques Derrida en jeune saint juif*, Éditions Galilée, 2001.